

UN VIOLADOR SE ESCONDE TRAS LA MÚSICA

No hay nada de “musical” cuando se trata de abuso sexual a niños y niñas de un kindergarten. Un infrahumano profesor de música que encierra a sus párvulos, los desviste, los toca, los lame, los hace acariciarse unos a otros, y les dice que no le cuenten a nadie y que eso es normal, merece que un rayo celestial o sobrehumano lo parta y lo desintegre.

Particularmente, si esos niños fueran mis hijos o mis nietos, la única música que yo quisiera escuchar es la de una banda de policía escoltándolo hacia el paredón de fusilamiento.

¿De qué les sirve a los niños abusados una legislación lentísima y supurante cual caracol que se esconde en su casa, con antenas que no tienen ojos? Hay que hacer algo al respecto... Hay que apresar al culpable... Hay que..., hay que..., hay que... ¿Hasta cuándo el “hay que”, y seguimos sin hacer nada? ¿Cuántos niños más vamos a exponer al abuso sexual hasta que legislemos rápidamente para protegerlos?

“Culpable” es tanto el abusador como los jueces que se toman todo el tiempo del mundo en frenar el abuso. “Culpable” es tanto el violador como las autoridades legales, empresariales, educativas o religiosas que evitan enfrentar el abuso sexual para salvaguardar la imagen de sus respectivas instituciones. “Culpable” es la madre o el padre que no quiere darse cuenta que algo pasa con sus hijos. Culpables somos todos nosotros si no hacemos nada.

Aquí el único inocente es el niño, y poco hacemos para salvaguardar su inocencia. La única víctima es la criatura; el único perdedor es el crío a quien le robaron, en un minuto, su niñez. Son los pequeñitos los únicos vulnerados a quienes les cortaron, de por vida, sus ilusiones, y a quienes se les marcó con una condena vitalicia, sin tener culpa alguna.

El abuso es una calamidad con tentáculos que incluso convierte a las víctimas infantiles en candidatos capaces de repetir esa perversión contra alguien más cuando sean adultos, perjudicando, en efecto dominó, a la sociedad entera.

Levanto mi voz por cada niño al que le metieron miedo para que no hable, y les pido a cada uno de ustedes que se junten en un coro indignado que se escuche hasta la más alta esfera del país para que las leyes se cambien y se agilicen para protección mental, emocional, física y sexual de las criaturas de Ecuador entero.

¡Que el amarillo, azul y rojo de nuestra bandera sea sinónimo de los colores primarios que se aprenden en kindergarten, y no cortina que encubra y apadrine a violadores con títulos de maestros!

[Karina Galvez. Guayaquil, noviembre 17, 2017]

Karina Gálvez es una poeta, escritora, dramaturga, gestora cultural y activista comunitaria ecuatoriana-americana-williche, nominada – en 2011 – a la Primer Medalla Internacional a la Paz y a la Cultura por la Fundación Salvador Allende.

©Karina Galvez www.karinagalvez.com